

*Lecciones***Josu Landa**

Mario Vegetti, *Quince lecciones sobre Platón*. Trad. de Miguel Salazar. Madrid, Gredos, 2012. (Biblioteca de estudios clásicos)

En Italia, los estudios especializados en el pensamiento de Platón remiten a una deslumbrante nómina que incluye nombres como los de Giorgio Colli, Giovanni Reale, Margherita Isnardi Parente, Franco Trabattoni, Angelica Taglia, Gabriele Giannantoni, Francesco Fronte-rotta, Mauro Bonazzi, Cosimo Quarta, Giuseppe Cambiano, entre otros. Mario Vegetti no sólo pertenece a tan eminente lista, sino que ocupa en ella un lugar prominente. Lo demostró, una vez más, en 2003, cuando apareció *Quindici lezioni su Platone*, con el sello editorial de Giulio Einaudi. Nueve años después, Gredos pone en manos del lector de habla hispana la excelente traducción de ese volumen, debida a Miguel Salazar.

Un título tan modesto, tan carente de relieve, como *Quince lecciones sobre Platón*, puede llamar a engaño. Da la apariencia de que nombra un digesto o un vademécum de mera utilidad didáctica, sin compromiso con los rigores de la investigación filosófica. Aun cuando, como el autor mismo advierte, el corpus de este libro se basa en su labor como docente en la Universidad de Pavía, contiene interpretaciones precisas y muy bien fundadas de los componentes esenciales del sistema platónico. Vegetti efectúa ese prodigio heurístico-expositivo teniendo en cuenta el estado de cada cuestión, refiriendo cada aspecto a su contexto, sopesando las posturas más influyentes en cada caso (labor, ésta, confirmada por la nutrida y actualizada bibliografía que acompaña a cada una de dichas “lecciones”) y ofreciendo su propia exégesis, de manera sobria y luminosa.

Ese logro compensa los límites cuantitativos que su función pedagógica pone al discurso de Vegetti —pues no es lo mismo explayarse en argumentos para mostrar y demostrar que explicar para enseñar, en una sesión de clase. Así es como este manojito de quince pequeños tratados —en general, su tamaño oscila entre quince y veinte páginas— y tres apéndices ofrece, al mismo tiempo, una visión de conjunto y síntesis puntuales de las teorías del gran

pensador ateniense. Este resultado sólo es posible a instancias de la meticulosa labor de un avezado filósofo-filólogo, como Vegetti, cuya larga andadura por los dominios de cierta deriva del socratismo le permite constatar que los extraordinarios afanes teóricos de Platón requieren un respeto y una lealtad, que nunca mostrarán los intentos de convertir sus diálogos en la materia de un sistema rígido ni los intentos de trasuntarlos en algún manual. Todo ello justifica la afirmación de que, al conducirse de ese modo, Vegetti rebasa los límites de la labor filológica y exegética, para hacer filosofía, a partir de su penetrante incursión en un territorio tan fértil de la historia del pensamiento como es el platonismo.

El *leitmotiv* de los textos de Vegetti es el de esclarecer las tesis platónicas, con base en la consideración del contexto político y espiritual en el que adquieren sentido, en el registro de los problemas teóricos que afrontan y en el examen de sus procesos de formación y de constante recreación. Ello dota a estas lecciones de una erudición en verdad pertinente, que no sólo contribuye a una lectura más amena, sino también a una comprensión más profunda y rica del zigzagueante y complejo pensamiento de Platón.

Basta acercarse al primero de los textos que integran este libro, “El hombre y la experiencia”, para constatar esos procederes. Aun cuando, en la “lección 0”, que actúa como prólogo, Vegetti advierte de que el orden expositivo de los “nodos temáticos” abordados en las páginas de este volumen “es inevitablemente arbitrario” (p. 13), lo cierto es que esa lección ha sido colocada con justeza en el primer lugar, como corresponde al propósito de dejar sentado quién fue y qué relación mantuvo con su mundo aquel ateniense forjador de tan pregnantes e influyentes pasajes sobre asuntos como el saber epistémico, el alma humana, el eros filosófico, la virtud y su enseñabilidad o no, la ontología de las Ideas, el proceso de constitución y realización de la naturaleza, los vericuetos del placer, las fuentes de la poesía y sus problemáticos nexos con la realidad, la posibilidad de un Estado perfecto, los rasgos distintivos del verdadero filósofo, el potencial heurístico del diálogo ceñido al rigor de la dialéctica, la paideia apropiada para una ciudadanía sustentada en la justicia y la felicidad personal y colectiva, además de otros.

En esa especie de primer capítulo –porque eso es lo que terminan siendo las lecciones acopiadas por Vegetti– el lector podrá hacer un aligero e iluminador recorrido por lo que los pocos datos disponibles permiten reconstruir como la andadura vital de Platón, desde la prodigiosa ‘inmaculada concepción’ del filósofo, a instancias de la emergente y casta intervención de Apolo en el vientre de su madre Pericione, referida por Diógenes Laercio, hasta su muerte en 347/346 a. C., en el momento en que legaba el borrador de *Leyes* –cuya redacción final sería obra de su secretario Filipo de Opunte– y parecía dispuesto a intentar una nueva recomposición del primer libro de

República; pasando por el decisivo encuentro con su maestro Sócrates, sus controvertidas y decepcionantes andanzas políticas en Siracusa, la fundación de la Academia y la esperable bifurcación de los receptores de sus doctrinas, en una corriente hagiográfica, de gran fecundidad teórica, y en otra “malévola” no menos afanada en denunciar a Platón como supuesto “inspirador de feroces tiranías” y aun como presunto “plagiario [...] de las obras de Demócrito y de los pitagóricos” (p. 29). Más allá del fuerte impulso divinizador y denigrador de esas corrientes contrapuestas de la tradición, Vegetti esculpe a un Platón entrañablemente humano, enfrentado a un destino trágico en el que la política opera como el eje de su labor teórica —y no a la inversa, como con frecuencia suele pensarse—, sometido a temores y desengaños, en constante generación y revisión de un sistema de filosofía a la altura de la enorme responsabilidad de quien, en los hechos, carga sobre sus anchas espaldas el papel de albacea del exigente proyecto filosófico emprendido por Sócrates, en medio del gravísimo estado de cosas en la Atenas posterior a la guerra del Peloponeso.

La décima de estas lecciones, titulada “Las Ideas: ser, verdad, valor”, es otra buena muestra del *modus operandi* de Vegetti, esta vez más atento al pensamiento que a la humanidad de Platón. El exégeta italiano muestra, con precisión y concisión agradecibles, el desafío que comporta para Platón el nihilismo de Gorgias y el relativismo de Protágoras. Es de la confrontación teórica con esas doctrinas de donde emana la conocida visión platónica de un mundo de formas inteligibles, que funda el orden de lo existente. En palabras de Vegetti, el ateniense llega a esa teoría, en virtud de que “únicamente si fuese posible identificar un nivel de realidad distinto del empírico [...] se podrían falsar las tesis de Gorgias y Protágoras” (p. 171).

Una vez captado el sentido profundo de ese hallazgo teórico, resulta más fácil comprender la apuesta platónica por la dialéctica y toda la labor que ésta implica en el seno de las estructuras del lenguaje, ya que va en ello la posibilidad de acceder a un ámbito de realidad diferente y superior al del mundo empírico. También permite entender la resignificación platónica de los saberes matemáticos con los que el filósofo se ha familiarizado, a raíz de sus nexos con el pitagorismo; pues, en virtud de su universalidad y necesidad lógica, también operan como puente de ida y vuelta respecto al mundo de las Ideas. A partir de esas complejas operaciones teóricas, será viable una ciencia filosófica rigurosa, sustentada en conceptos universales —es decir, capaces de dar cuenta de todo avatar o existencia singular de lo real, en la medida en que se basan en referencias esenciales y necesarias—, con los que se pueda responder cabalmente a las necesidades éticas y políticas de los seres humanos, sin caer en el relativismo. Por ejemplo, la “idea de justicia” que Platón propone en el libro IV de *República* —a saber: “hacer aquello que

corresponde a cada uno”— absorbe la unicidad de todo acto humano, en la medida en que remite a éste a un fundamento ideal —esto es, propiamente real— inmutable e incondicionado.

Como es bien sabido, la perspectiva filosófica en que se coloca a instancias de esos antecedentes le permite a Platón derivar en cascada una serie de motivos teóricos de capital importancia, como el de la relación entre las Ideas y cada una de las cosas existentes en el mundo, u otros no menos espinosos, como el de cuáles Ideas concretas conforman el conjunto general nombrado por el término ‘Ideas platónicas’ o el de cómo se relacionan éstas entre sí y otras por el estilo. Quienquiera que tenga un mínimo de familiaridad con estos asuntos conoce las enormes dificultades que comportan y sabe que forman parte del meollo del sistema platónico. Eso puede inducir a imaginar que estamos ante un libro donde no se ofrece nada nuevo, donde el autor gira una vez más alrededor de un oxidado eje teórico de antigüedad milenaria. Sin embargo, Mario Vegetti, en su doble condición de exégeta y de pedagogo que lleva al lector de la mano, por cada una de las estaciones de ese complejo y apasionante corpus filosófico, logra mostrar con ecuanimidad y economía verbal las condiciones de contexto y de elaboración teórica que permiten ponderar el sentido, relevancia y potencialidades heurísticas y prácticas del esfuerzo desplegado por Platón de cara a tales asuntos y problemas. Esto se explica, porque Vegetti hace una relectura del legado platónico, visto en su circunstancia histórica e ideológica, así como según sus vínculos problemáticos con la tradición —no sólo anterior, sino también posterior, como sucede con la severa y profunda crítica a que Aristóteles somete el pensamiento de su maestro—, valiéndose de medios y datos de los que sus antecesores no podían disponer —no, al menos, con la claridad y precisión que los estudios filológicos han venido adquiriendo, en los últimos tiempos. Y, en casos como éste, hablar de relectura equivale a referir la oportunidad de una repotenciación del platonismo y de una nueva apertura de éste hacia el futuro inmediato. Fruto que, por cierto, no se habría logrado, si el libro de Vegetti versara sobre uno o muy pocos motivos platónicos.

Ese modo de hacer filosofía, de enseñar teorizando, apreciable en las anteriores calas en las lecciones-capítulos 1 y 10 del libro de Vegetti, se hace patente en todas las demás y en los apéndices ya referidos. Títulos como “El alma, la ciudad y el cuerpo”, “Discutir: ‘La potencia de la dialéctica’”, “La muerte del maestro y la paradoja de la inmortalidad”, “Escribir la filosofía” y los demás, nombran textos en los que se confirma sin ambages ese hecho. Desde luego, no estamos ante la “lectura correcta” de Platón —¿cuál lo es?, ¿cuál puede serlo?— sino ante lo único honradamente dable: un consistente ensayo de interpretación *fundada* del platonismo, visto en conjunto y según sus partes más poderosas.

A fin de cuentas, en estas *Quince lecciones sobre Platón*, Vegetti hace cuando menos las siguientes aportaciones: sortea con luminosidad y elocuencia los problemas inherentes a la lectura del legado escrito e intraacadémico de Platón, echa mano de las referencias filológicas e históricas esenciales para la comprensión del pensamiento platónico, esclarece el estado de cuestiones tan polémicas como el relativo al papel de las doctrinas platónicas no escritas y su supuesta primacía sobre los diálogos, traspasa las lindes de la interpretación para hacer filosofía en diálogo con el avatar platónico de la filosofía, conjuga una visión panorámica del platonismo con precisiones sobre sus componentes puntuales, desentraña el sentido de todos los niveles destacables en la labor teórica del filósofo ateniense, examina con *sindéresis* los alcances y los límites de los procedimientos y las tesis de Platón... y todo ello contribuye a su actualización revitalizadora, poniendo de bulto su vigencia heurística y teórica en el presente.

Si como dice Vegetti, en el texto que hace de prólogo, el sentido de este libro es ayudar a que el lector de nuestro tiempo reflexione junto con Platón (p. 12), no es de extrañar que, con tan buenas prendas, lo logre con creces.